

La audacia política del nacionalismo barakaldés, 1898-1936

ANTONIO FCO. CANALES SERRANO*

Este artículo da cuenta de la evolución del nacionalismo vasco en Barakaldo en el primer tercio del siglo XX a partir de los resultados obtenidos en una investigación más amplia sobre la derecha de esta localidad (1). El carácter netamente industrial de Barakaldo y su condición de población de aluvión configurada por sucesivos aportes migratorios proyectan una imagen poco favorable al desarrollo del nacionalismo, como ocurre en general con la Margen Izquierda. Ciertamente, el nacionalismo barakaldés no jugó un papel destacado en los primeros años del movimiento, ni ofreció líderes conocidos a sus organizaciones y su atonía contrastaba con la vitalidad del nacionalismo vizcaíno en otras zonas. Sin embargo, nada justifica que esta imagen se extienda más allá de la primera década del siglo. En 1910, el nacionalismo tenía ya un sólido arraigo asociativo en Barakaldo, una capacidad de movilización social no desdeñable y una creciente presencia política que le llevaría a ser la primera fuerza política de la localidad en pocos años. Pero, además de esta expansión, el interés del nacionalismo barakaldés radica en su capacidad de anticipar líneas de desarrollo en el seno del nacionalismo vasco. Una vez que sus energías se ponían en marcha al servicio de las estrategias marcadas desde el exterior, los nacionalistas barakaldeses pronto desarrollaban las premisas de la movilización en función de su realidad específica y acababan por llegar a audaces conclusiones que iban bastante más allá de las del conjunto del nacionalismo. En tres ocasiones, actuaron como punta de lanza del movimiento nacionalista: en 1918 cambiaron

* Dpto. de Historia y Filosofía de la Ciencia, la Educación y el Lenguaje. Universidad de La Laguna

(1) *Derecha y poder local en el siglo XX. Evolución ideológica y práctica política de la derecha en Barakaldo (Vizcaya) y Vilanova y la Geltrú (Barcelona), 1898-1979*, tesis doctoral dirigida per Borja de Riquer i Permànyer y leída en el Dept. d'Història Moderna i Contemporània de la Universitat Autònoma de Barcelona en diciembre de 2002. Me remito a ella cuando no se ofrece una referencia específica. www.tdcat.cesca.es

radicalmente de estrategia política y pactaron con los socialistas un equipo de gobierno municipal; a finales de 1922 traspasaron los límites del debate que mantenían comunionistas y aberrianos para plantear con el Partido Nacional Vasco un proyecto de nacionalismo laico, democrático y socialmente comprometido; y, finalmente, en 1936 apostaron por la consolidación de un marco democrático compatible con el régimen republicano, basado en la competencia de nacionalistas e izquierdas, que dejaba sin espacio a católicos, carlistas y monárquicos. Puesto que la extensión de este artículo no permite detenerse en el detalle de esta compleja evolución, se ha optado por vertebrarlo a partir de estos tres momentos, tras un primer apartado introductorio. Con esta estructura se pretende subrayar la compleja y dinámica naturaleza del nacionalismo vasco e invitar a que nuevas investigaciones locales enriquezcan la comprensión de un movimiento que no encuentra equivalente en la España del primer tercio de siglo.

La aparición del nacionalismo vasco en Barakaldo no supuso una alteración sustancial del juego político, dominado por la gran empresa Altos Hornos. El nacionalismo barakaldés no desempeñó un papel anticaciquil ni antioligárquico, sino que, por el contrario, actuó como una sensibilidad más de las que la *fábrica* combinaba al frente del poder local. Ahora bien, el nacionalismo presentaba una importante diferencia cualitativa con respecto al resto de las derechas que se fue haciendo cada vez más evidente: su base asociativa. Presionado por esta base, el nacionalismo barakaldés comenzó a plantear desafíos dirigidos a la obtención de mejores posiciones en la coalición de derechas en la que se integraba.

El origen de la organización nacionalista en Barakaldo se encuentra en la sociedad Euskalduna, fundada en marzo de 1898 en San Vicente, el núcleo tradicional de la localidad. A pesar del carácter oficialmente recreativo de la sociedad y de que sus socios, unos cuarenta, suponían la mitad de los efectivos de las sociedades republicana y tradicionalista (2), el nacionalismo barakaldés tuvo pronto representación en el poder político local. En 1901 el presidente de Euskalduna fue elegido concejal, en 1904 eran ya tres los concejales nacionalistas y en 1906 cuatro.

La lógica de esta progresión nacionalista no fue la misma que la de Bilbao. En Barakaldo, ni los mecanismos caciquiles habían entrado en crisis, ni la izquierda suponía una amenaza política seria, pues republicanos y socialistas no pasaron de un concejal, cuando lo tuvieron, en la primera década del siglo. La modernización política bilbaína no tuvo reflejo en el vecino Barakaldo, donde el poder político local

1. EL PRIMER NACIONALISMO BARAKALDÉS, 1898-1916

siguió siendo monopolio de unos notables tradicionales de filiación política fluctuante que ejercían sus cargos a la sombra del gran poder fáctico en la localidad: Altos Hornos. La *fábrica* controlaba la política local y combinaba los diferentes sectores de la derecha en una coalición que dirigía el ayuntamiento, dando lugar a lo que los republicanos denominaban la “mayoría innominada, incolora, tocada de extraños influjos” (3).

El nacionalismo barakaldés no alteró estas pautas de funcionamiento, ni desempeñó ninguna función antioligárquica, ni anticaciquil; constituía una sensibilidad más de ese conjunto de fuerzas vivas sobre el que arbitraba Altos Hornos y se beneficiaba de sus prácticas. Muestra de ello es que el concejal nacionalista por San Vicente obtuviese siempre el mismo número de votos que conservadores o católicos, circunstancia que ni siquiera un copo perfectamente organizado podría hacer posible sin manipulación del sufragio. En el mismo sentido, la elección del primer concejal nacionalista por Retuerto en 1903 respondía a una negociación entre los notables de barrio, a través del Sindicato Agrícola; de hecho, los nacionalistas de este barrio tuvieron concejal antes de tener *batzoki*. Además, los escasos concejales nacionalistas no constituyeron una minoría marginada, sino que, por el contrario, consiguieron buenas posiciones en los equipos de gobierno: tercera y cuarta tenencias de alcaldía en el ayuntamiento de 1904.

Esta integración en las redes y prácticas tradicionales parece paradójica, dadas las radicales y novedosas implicaciones políticas del ideario nacionalista. Sin embargo, no lo es tanto si se distingue entre la apelación nacionalista y los contenidos ideológicos sustantivos asociados a ella. En la práctica, el primer nacionalismo barakaldés era un integrismo de referencia étnica. Las colaboraciones de los nacionalistas barakaldeses en la prensa bilbaína perfilan una síntesis ideológica basada en la religión y la xenofobia que se oponía beligerantemente a cualquier manifestación local de los procesos de democratización o secularización. En este sentido, el discurso de este primer nacionalismo se centraba en atacar y ridiculizar a demócratas, republicanos y socialistas, mientras la reivindicación nacionalista permanecía en un segundo plano como un subproducto de la identificación de estos sectores con la inmigración no vasca. La cuestión nacional aparecía subsidiariamente en la medida en que ese orden tradicional que se defendía era amenazado por la “bestia exótica” (4) que convertía la localidad en “pocilga inmunda donde toda mala pasión es engendrada, y donde tienen asiento el ponzoñoso virus de la irreligiosidad y cualquier clase de ideas disolventes, haciendo huir avergonzado todo sen-

(3) “Para Don Tomás Begoña” *El Eco de Baracaldo*, 3-VII-1909.

(4) “los enemigos de Euzkadí huirán avergonzados al columbrar la ira de su víctima y la posible reparación (...) ¡A Barakaldo! A descargar el latigazo á la bestia exótica; á expulsarla de nuestro seno; en que se abriga y nos hiere traidora. ¡A Barakaldo!” “¡A Barakaldo!” *Aberrri*, 28-IX-1907.

(2) “Relación de sociedades...”, 6-VII-1898, 198 B14, Archivo Municipal de Barakaldo (en adelante, AMB).

timiento noble” (5). La apelación nacionalista estaba, pues, subordinada a estos contenidos sustantivos integristas que constituían los criterios de definición de la comunidad nacionalista y guiaban su práctica política cotidiana.

Este substrato integrista y xenófobo no constituía un elemento de fractura con el resto de las derechas. Por el contrario, era compartido por los diferentes grupos herederos del tradicionalismo y, ante los desafíos políticos y sociales de la izquierda, comenzaba a ser bien visto por los dinásticos. De hecho, diferentes indicios parecen apuntar a que en estos primeros años la adscripción nacionalista no era excluyente políticamente y que existía una franja de confluencia en torno a los actos nacionalistas mucho más amplia de lo que cabría esperar de la estricta reivindicación nacional. El fundador y principal animador del *batzoki* de Retuerto en 1906, Juan Francisco Tierra, se integraba con posterioridad en la candidatura conservadora para las provinciales de 1913. Francisco Echave, concejal elegido en 1909 como nacionalista, se definía en 1921 como católico. De manera similar, *Aberri* recordaba al católico Rodolfo Loizaga el haber sido “tan asiduo concurrente en otros tiempos a jiras y fiestas nacionalistas”, cuando en 1921 reprimía como alcalde las manifestaciones festivas nacionalistas (6).

Evidentemente, los nacionalistas barakaldeses hablaban del derecho de los vascos a autogobernarse y criticaban el dominio español, pero esta particularidad no era percibida como una línea de fractura fundamental por el resto de las derechas. En 1905, el director de *Aberri*, Santiago Meabe, proclamaba abiertamente en un mitin en Retuerto su antiespañolismo y reclamaba un nacionalismo “de acción para arrancar á la fuerza lo que por derecho nos corresponde”. Sin embargo, los jóvenes republicanos que intentaron reventar el acto fueron detenidos por la guardia municipal y su denuncia ante el gobernador (“pues ante todo son españoles que no pueden sufrir tamaños insultos”) fue desautorizada por el alcalde, quien expresaba su confianza en el presidente del *batzoki* y cuarto teniente de alcalde (7).

La especificidad del nacionalismo barakaldés no provenía tanto de una práctica política novedosa o diferenciada del resto de las derechas como de su lugar en el juego de oposiciones en el seno de las fuerzas vivas locales. Todos los concejales nacionalistas procedían de un sector muy delimitado de la sociedad barakaldesa: eran labradores que trabajaban sus propias tierras. Suponían el correlato local de esa “pequeña burguesía urbana bilbaína ligada a actividades ‘preindustriales’ o mercantiles tradicionales, amenazadas por el orden económico emergente” que Mees, de Pablo y Rodríguez establecen como la primera base del nacionalismo en la capital (8). En realidad, más que

(5) “Vileza! Ruindad!” *Aberri*, 5-X-1907.

(6) “Al margen de las fiestas de Alonsótegui”, *Aberri*, 20-IX-1921.

(7) “Denuncia del Sr. Garay”, 11-XII-1905, 215-18, AMB.

por el orden económico emergente en sí, en Barakaldo estos sectores se veían amenazados por sus consecuencias culturales, ideológicas y simbólicas, de un lado, y por las políticas, de otro. La insistencia en una invasión de gentes extrañas que corrompían las formas de vida y costumbres tradicionales deja claro el trauma que supuso para estos grupos la súbita transformación de Barakaldo. Pero además de esta conciencia de fortaleza asediada en el orden cultural y simbólico, el primer nacionalismo barakaldés respondía también a una lógica política concreta: la representación de la sociedad tradicional tras la desertización de sus líderes naturales.

Resulta significativo en este sentido que no se encuentre entre los primeros nacionalistas a ningún representante de las élites locales tradicionales. Éstas, básicamente propietarios agrícolas, se habían vinculado a la transformación industrial a través del suculento negocio inmobiliario que implicó la construcción ex-novo del barrio de El Desierto, que se convirtió en el núcleo central del moderno Barakaldo (9). En este sentido, el ayuntamiento del cambio de siglo era una verdadera república de propietarios que gestionaban en su propio beneficio competencias tan importantes como las relativas a urbanización y salubridad. Políticamente, estos sectores habían emitido su canto de cisne como fuerzas independientes en los últimos años de siglo XIX con el desafío planteado a la creciente intervención de Altos Hornos a través de la publicación de *La Ortiga Barakaldesa* (10). A principios de siglo, su adscripción política era básicamente dinástica, pero su liderazgo político sobre la sociedad local era ya más simbólico que real frente al poder de la *fábrica*.

A pesar de la unidad de acción con las derechas y de no cuestionar las prácticas políticas establecidas, el nacionalismo aportaba una novedad cualitativa trascendental, pues sería el germen de la posterior división: su base asociativa. Hasta 1905, la sociedad Euskalduna de San Vicente fue la única entidad nacionalista en la localidad, pero a partir de esta fecha el asociacionismo nacionalista vivió una notable expansión que le llevó a cubrir casi todos los núcleos del extenso término municipal. En 1906 se fundó el *batzoki* de Retuerto, aunque ya hay noticias de su funcionamiento desde 1905, en 1907 la Juventud Vasca, en 1908 el *batzoki* de Alonsótegui y a finales de 1910 el de Burceña (11). Quedaba así establecida en el cambio de década la

(8) PABLO, S. de; MEES, L. y RODRIGUEZ, J. A. *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, I: 1895-1936*; Barcelona, Crítica, 1999, p. 34.

(9) Para la construcción del moderno Barakaldo, véase RUFZA, R. “Los patronos levantaron su Baracaldo: el sentido de un crecimiento urbano antes, durante y después de la Restauración”, *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, n. 21, 1993.

(10) A diferencia de los propietarios agrícolas, estos concejales nacionalistas *labradores* no aparecían en las listas de mayores contribuyentes de la localidad, con alguna excepción en los últimos puestos.

(11) “Batzoki de Retuerto” *Aberri*, 27-X-1906; “Información nacionalista” *Aberri*, 17-VIII-1907; “Información nacionalista”, *Aberri*, 25-VII-1908, y [Oficio del Gobierno Civil a B. Amezaga], 23-XI-1910, 214-2, AMB.

estructura asociativa del nacionalismo barakaldés, que no se ampliaría hasta mucho después con la fundación del *batzoki* de El Regato en 1922 (12). Esta expansión tuvo importantes consecuencias sobre la naturaleza del nacionalismo en los siguientes años. En primer lugar, implicaba una redistribución del equilibrio entre los barrios. Si en 1909 todavía el 45% del voto nacionalista procedía de San Vicente, en 1915 esta proporción se había reducido al 19% y algo similar ocurría con los concejales. Además, este nuevo voto nacionalista se concentraba en los distritos que escapaban al control directo de Altos Hornos y que, por tanto, se iban abriendo progresivamente a la competencia electoral con la izquierda, especialmente a partir de la formación de la Conjunción republicano-socialista en 1909. Paralelamente, se produjo un cambio de adscripción social de los concejales nacionalistas que resulta revelador de lo que estaba sucediendo en la base. Entre 1910 y 1917 los labradores prácticamente desaparecieron del grupo municipal nacionalista y dejaron paso a las clases medias y, especialmente, las clases medias independientes (comerciantes, industriales, contratistas). La expansión del nacionalismo local, en compleja relación de amor y odio con Altos Hornos, parecía coincidir, pues, con su adopción por una parte de las clases medias urbanas. El nacionalismo barakaldés estaba dejando de ser la expresión defensiva de un sector concreto de la sociedad tradicional, capaz de compaginar la radicalidad de su discurso con una actuación práctica de acuerdo con el resto de las élites locales, para convertirse en un movimiento mesocrático definido por criterios políticos.

Esta nueva realidad que se afirmaba progresivamente dio lugar a notables tensiones en el seno del nacionalismo barakaldés. Los nuevos nacionalistas presionaron por obtener mejores posiciones en las combinaciones electorales y se enfrentaron al sector más tradicional partidario de mantener las prácticas anteriores. No en vano, estos nuevos nacionalistas constituían en los barrios el principal baluarte contra la izquierda y su ofensiva a través de la Conjunción republicano-socialista (13). La tensión entre ambos sectores fue en aumento y en 1913 y 1915 llegaron a enfrentarse electoralmente en Retuerto. En el mismo sentido, en 1916 los nacionalistas de los barrios votaron un equipo de gobierno municipal alternativo al pactado por los dirigentes tradicionales, aunque finalmente fueron éstos los que salieron beneficiados del desafío. La frustración de estos nuevos nacionalistas de los barrios ante la capacidad de maniobra y manipulación de los notables locales y la *fábrica* fue introduciendo en el discurso del nacionalismo local la

(12) [Informe de la Guardia sobre actos de inauguración], 4-VI-1922, 242-43, AMB.

(13) "las turbas revolucionarias que bajaron del monte a hacerle a Prieto diputado, no tuvieron aquí más barrera que la impuesta por los pechos nacionalistas, que así desafiaban las iras de esas turbas" "Ahí va el ¡42!", 226-11, AMB.

denuncia de las prácticas caciquiles, un elemento inexistente en la primera década del siglo.

Además de estas tensiones planteadas por sectores del nacionalismo, la evolución política vizcaína añadía un nuevo elemento de fricción en el seno de la coalición de derechas en el cambio de década. El proyecto de Fernando M. de Ibarra, estrechamente vinculado a Altos Hornos, para acabar con la desorganización política de los dinásticos vizcaínos a través de un partido conservador se traducía a escala local en que la *fábrica* se decantaba por potenciar su propia opción política en lugar de arbitrar, como venía haciendo hasta el momento, entre las diferentes sensibilidades de derechas. Así, en 1912 se fundó en Barakaldo un Círculo Conservador, según los nacionalistas, a partir de los empleados de Altos Hornos (14).

Todos estos cambios fueron perfilando al nacionalismo como una opción diferenciada y progresivamente excluyente en el seno de la *mayoría innominada* en contraste con la unidad de acción de jaimistas, católicos y conservadores. De hecho, a partir de 1913 los nacionalistas dejaron de verse beneficiados por las prácticas caciquiles (se prescindió de sus candidatos en el copo de San Vicente) y su presencia en la coalición de derechas pasó a depender de su fuerza electoral real. Esta pérdida del favor de la *fábrica* se tradujo en un continuado descenso de su presencia política, desde los ocho concejales en 1912 a los cinco en 1916.

2. EL PACTO CON LA IZQUIERDA DE 1918

La lógica de la evolución descrita en el apartado anterior abocaba al nacionalismo antes o después a la ruptura con el resto de las derechas. Con bases movilizadas, un peso electoral creciente y progresivamente marginado de los acuerdos entre las élites locales, parecía cuestión de tiempo que el nacionalismo emergiera como una opción política autónoma y desvinculada de las viejas prácticas. Esta evolución se vio acelerada por la exitosa ofensiva electoral que el nacionalismo vasco mantuvo en el periodo 1917-19. Con la primera mayoría nacionalista en la Diputación de Vizcaya como referente, el nacionalismo barakaldés rompió en las municipales de noviembre con el resto de las derechas y se presentó como una fuerza independiente dispuesta a apoyarse exclusivamente en su base electoral.

Sin el apoyo de la *fábrica* y de las redes de notables locales, este paso obligaba a los nacionalistas barakaldeses a definir un discurso propio con el que presentarse ante los electores. La opción no fue la reivindicación nacionalista, sino la apropiación del discurso anticaciquil, administrativista y depurador que republicanos y socialistas venían desarrollando desde principios de siglo. Por primera vez, los

(14) TXABIN "De la semana", *Bizkaitarra*, 2-XI-1912; *Bizkaitarra*, 12-X-1912; y BIN-GEN "De Barakaldo", *Bizkaitarra*, 19-X-1912.

nacionalistas barakaldeses hablaban de candidatos “sin imposiciones ni mandatos de caciques de escritorios y empresas” que “llevarán al Ayuntamiento la más sana y fiel administración, sobre todo en estos momentos en que es necesario copiar todo cuanto nuestra infatigable Diputación está enseñando” (15). Aunque no renunciaran a su tradicional discurso con relación a la Conjunción republicano-socialista, que “deja traslucir al hombre primitivo, selvático, pletórico de incultura y lleno de odios hacia todo lo establecido” (16), la convergencia práctica del nacionalismo y la izquierda en propuestas anticaciquiles, depuradoras y administrativistas amenazaba seriamente el tradicional dominio de Altos Hornos sobre el ayuntamiento. La *fábrica* maniobró ante el desafío con un intento de cooptar a los elementos más moderados de ambas fuerzas políticas. Así, se reeditaba el copo por San Vicente con un representante del nacionalismo tradicional y se ofrecía a la asociación de comerciantes, estrechamente vinculada a los republicanos, un puesto por El Desierto. A pesar de estas maniobras, las municipales de 1917 fueron las primeras elecciones modernas de Barakaldo con opciones claramente definidas en función de programas y bases movilizadas. Las tres fuerzas contendientes quedaron prácticamente empatadas, inaugurando una triangulización del voto que permanecería estable hasta el fin de la Restauración.

El nuevo consistorio quedó compuesto por siete nacionalistas, nueve concejales de la *fábrica*, dos socialistas y un republicano. El desafío nacionalista, a pesar de su éxito electoral, se saldaba con el frustrante resultado de tener que pactar con una de las fuerzas políticas del triángulo local para hacerse con el ayuntamiento. La trayectoria política anterior apuntaba a un pacto con Altos Hornos, que habría de readaptar sus pretensiones al nuevo peso del nacionalismo. Sin embargo, los nacionalistas retuertoarras y burcetarras optaron por el pacto con la izquierda que la inercia anticaciquil favorecía para conseguir la alcaldía. Las principales resistencias a esta estrategia provinieron del mismo grupo nacionalista. Como apuntaba *El Liberal*, discrepaban de ella dirigentes tan importantes como un ex-presidente de la Junta Municipal o un ex-vicepresidente de la Juventud Vasca, ambos delegados en la asamblea del partido del mismo año (17). A pesar de ello, los nacionalistas consiguieron la alcaldía, que se sometía a votación después de largos años de designación por Real Orden, gracias al apoyo de la izquierda. El anticaciquismo había triunfado y presidía la primera intervención del nuevo alcalde popular, quien, a pesar de ser accionista de Altos Hornos, inauguraba su mandato con un duro ataque a los concejales que respondían a los intereses de la *fábrica* (18).

(15) “Los nacionalistas en Barakaldo” *Euzkadi*, 7-XI-1917

(16) “De Burzeña”, *Euzkadi*, 10-IX-1917

(17) “El caciquismo en Baracaldo”, *El Liberal*, 4-I-1918.

(18) “De Bilbao al Abra”, *El Liberal*, 3-I-1918.

Mas el acuerdo entre nacionalistas y la izquierda no se limitó al apoyo coyuntural al alcalde. Sectores tanto de la izquierda como del nacionalismo local, especialmente las juventudes (19), se mostraban firmemente dispuestos a desarrollar el frente anticaciquil a través de un acuerdo para el reparto de las tenencias de alcaldía. El resultado fue un equipo de gobierno de mayoría nacionalista en el que un socialista ocupaba la tercera tenencia.

Con este pacto el nacionalismo barakaldés revelaba una audacia política que había de caracterizarle en los años posteriores. Una vez movilizado tras una estrategia clara establecida desde los órganos centrales del partido, mostraba un dinamismo notable y desarrollaba consecuentemente las premisas de la movilización para acabar llegando a conclusiones que sobrepasaban a la dirección nacionalista. En apenas diez años, el nacionalismo barakaldés había pasado de ser una sensibilidad más de la derecha beligerante ante los nuevos tiempos a pactar con la izquierda un equipo de gobierno que cuestionaba el *statu quo* local. Su opción constituía, además, una posible solución a la triangulización vizcaína, coherente con los principios anticaciquiles del discurso político y con la naturaleza del movimiento nacionalista. Con una implantación asociativa y una capacidad de movilización electoral similar, si no superior, a la de la izquierda, no parecía ilógico reconstruir el espacio político a partir de la competencia electoral entre nacionalistas e izquierda, marginando a la derecha dinástica, cuya presencia política respondía a otras prácticas. Sin embargo, dos factores bloquearon la audaz propuesta barakaldesa. En primer lugar, la contradicción de esta opción con la solución que se ofreció a la triangulización a escala vizcaína. En segundo, las propias contradicciones de los nacionalistas.

Con respecto a la primera cuestión, resulta significativo que *Euzkadi* pareciera más interesado en silenciar lo ocurrido en Barakaldo que en hacer público lo que sin duda era un verdadero éxito nacionalista: la consecución del Ayuntamiento de la segunda ciudad vizcaína. De hecho, el silencio tanto de la prensa como de la literatura nacionalista ha provocado que este pacto haya pasado desapercibido para la historiografía sobre el nacionalismo. Tampoco *El Liberal* se mostraba excesivamente entusiasta, a pesar de informar del papel de la izquierda. Poco después, estas prevenciones se confirmaron y quedó clara la contradicción flagrante entre las alianzas propuestas por los barakaldeses y las que se afirmaron a escala vizcaína. Ante la ofensiva nacionalista en las elecciones a Cortes de 1918, en las que los nacionalistas se hicieron con todas las actas de Vizcaya, con la excepción de Bilbao, y dos más por Guipúzcoa y Navarra, la dirección

(19) En este sentido, la Juventud Socialista nombraba en asamblea una comisión para “negociar el reparto de varas” con la Juventud Vasca. [Informe de la Guardia Municipal], 8-I-1918, 234-21, AMB.

socialista optó pragmáticamente por el acuerdo con los monárquicos (20). A las pocas semanas de su constitución, uno de los pilares del frente anticaciquil barakaldés se tambaleaba seriamente. A partir de ese momento, los sectores de la izquierda barakaldesa que habían apostado por el pacto con los nacionalistas fueron viendo erosionadas sus posiciones por la estrategia de Prieto.

Tampoco el nacionalismo había de ser una base firme para la continuidad del frente anticaciquil, aunque en su caso los problemas no derivaban tanto de la dirección provincial como de su propia naturaleza. El pacto con la izquierda era consecuencia de la prioridad dada a las estrategias políticas en una coyuntura concreta, pero este desarrollo de los componentes anticaciquiles de su discurso entraba en abierta contradicción con los contenidos sustantivos, es decir, los valores básicos de tradición, orden y religión, que habían vertebrado su expansión. Se planteaba, así, una contradicción que el nacionalismo barakaldés no fue capaz de superar.

Los debates sobre la relación entre el ayuntamiento y la Iglesia comenzaron a dejar traslucir en la primera mitad de 1918 esta contradicción de fondo. Los nacionalistas se unieron a los concejales de la *fábrica* para seguir sancionando la estrecha imbricación entre Estado y religión aprobando la asistencia de la banda y la corporación a las funciones religiosas en enero (21), y de nuevo su presencia en la procesión en junio (22), a cuyo paso la guardia municipal obligaba a los transeúntes a descubrirse. Como señalaba el primer teniente de alcalde nacionalista en una discusión sobre la conveniencia de que los maestros municipales llevasen a sus alumnos a una función religiosa en los salesianos, no había de cuestionarse la subordinación del poder público a la Iglesia, “siendo católica la religión del Estado” (23). El reverso de esta alianza del poder público con la Iglesia era la negativa a ceder la banda a las entidades de la Casa del Pueblo para la celebración del 1 de mayo, fecha que un concejal nacionalista consideraba ocasión de luto (24).

La situación se agravó cuando el enfrentamiento por las dimensiones simbólicas del poder que nacionalistas e izquierda mantenían en el consistorio se trasladó a sus bases en una espiral de violencia callejera que arrancó de la repetición de la elección a Cortes de 1918. Palizas, tiroteos con algunos muertos y ataques a las sedes de los partidos se sucedieron en los meses siguientes. La implicación de la guardia municipal a favor de los nacionalistas provocó la primera crisis grave en el seno nacionalista que se saldó con la retirada del alcalde

(20) FUSI, J.P. *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*; Madrid, Turner, 1975, p.386.

(21) [Sesión ordinaria], *Actas Municipales*, 17-I-1918, AMB.

(22) [Sesión ordinaria], *Actas Municipales*, 6-VI-1918, AMB.

(23) [Sesión ordinaria], *Actas Municipales*, 23-V-1918, AMB.

(24) [Sesión ordinaria], *Actas Municipales*, 25-IV-1918, AMB.

que había destituido al jefe de la guardia (25). Tras haberse impuesto sobre los *nacionalistas de Altos Hornos*, el sector más combativo del nacionalismo de los barrios se imponía ahora sobre el talante conciliador e independiente del alcalde. Esta victoria le colocaba, sin embargo, en una posición de extrema debilidad en el consistorio que le dejaba a merced de los votos de la *fábrica* y del recurso al autoritarismo por parte del alcalde interino, Idelfonso de Taranco.

Taranco, que en la primera década del siglo había realizado colaboraciones furibundamente antimaketas e integristas en la prensa nacionalista, no era la persona más adecuada para tender puentes a la izquierda, ni para resistir la tentación de usar los recursos que el control del ayuntamiento ponía a su disposición para reprimirla y favorecer a los nacionalistas en la lucha callejera. Sin embargo, la izquierda tampoco se lo ponía fácil. *El Liberal* azuzaba el enfrentamiento callejero con soliviantadoras campañas sobre el *matonismo bizcainarra*, crecientemente teñidas de un españolismo que le colocaba al borde de las vivas a la Guardia Civil.

Posiblemente la mejor ilustración del fracaso de la estrategia nacionalista sea el papel jugado por el ayuntamiento de Barakaldo en la asamblea de municipios convocada por la Diputación para presentar al gobierno un proyecto de autonomía. Paradójicamente, un ayuntamiento gobernado por los nacionalistas enviaba a la asamblea una comisión compuesta por un católico, un jaimista y un republicano (26), que se alinearon, además, con el maurista Ramón Bergé en el intento de sabotearla (27). La impotencia nacionalista no podía ser más manifiesta.

A pesar del bloqueo de su primera gestión, los nacionalistas barakaldeses mantuvieron su objetivo de conquista del poder local. En las municipales de 1920 aumentaron su representación, aunque no su porcentaje de voto, y se situaron a un solo concejal de la mayoría absoluta. Sin embargo, el pacto entre la izquierda y Altos Hornos les arrebató el gobierno local. Cuando un año después sus concejales fueron destituidos por el gobernador por haber votado una moción en la que censuraban la suspensión gubernativa de un acuerdo de la Diputación acerca del uso del euskera por parte de los funcionarios (28), se hacía evidente que no cabía esperar demasiado de la estrategia electoral seguida desde 1917. Era la hora del reflujo y de la reconsideración.

(25) “De Bilbao al Abra”, *El Liberal*, 4-VIII-1918, 16-VIII-1918 y 27-VIII-1918. [Sesiones Ordinarias], 10-VIII-1918 y 27-VIII-1918, *Actas Municipales*, AMB.

(26) [Sesión ordinaria], 12-XII-1918, *Actas Municipales*, AMB.

(27) Bergé incluyó a Barakaldo en la oposición al proyecto de los ayuntamientos de las Encartaciones. Al ser increpado sobre el carácter no encartado de Barakaldo, respondía provocativamente: “también nosotros tenemos nuestros irredentos”. YBARRA, J. *Política nacional en Vizcaya*; Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948, p.515.

(28) [Oficio del Gobierno Civil de Vizcaya] 14-V-1921, 393-27, AMB.

La situación de los nacionalistas barakaldeses no difería de la del nacionalismo vasco en general. A partir de 1919 el ciclo expansivo del nacionalismo se trocó en recesión. Una ofensiva dinástica le privó de la presencia institucional conseguida y le condenó a la marginación política. En este contexto de fracaso y frustración en el que se forjó la escisión entre aberrianos y comunionistas, el grueso del nacionalismo barakaldés optó por el refugio en la ortodoxia que proponían los disidentes. Los *batzokis* de Burceña y Retuerto y la Juventud Vasca apoyaron durante el verano de 1921 la campaña de depuración y petición de responsabilidades que inició *Aberrri*, lo que les costó la expulsión de la Comución (29). En diciembre todo el entramado asociativo del nacionalismo barakaldés se había pasado en pleno al nuevo PNV (30), y en enero de 1922 lo haría la junta municipal de Alonsótegui (31).

Con este alineamiento con los sectores más críticos, el nacionalismo barakaldés volvía a revelarse como un movimiento activo conectado con las corrientes más dinámicas del nacionalismo vasco. Sin embargo, tal como hizo en 1917 al pactar con la izquierda, pronto sobrepasó la dinámica provincial en la búsqueda de soluciones audaces a las situaciones de bloqueo. Insatisfecho con ambos partidos, un sector del nacionalismo barakaldés formuló una propuesta de futuro propia que traspasaba con mucho los límites del debate que mantenían aberrianos y comunionistas. El Partido Nacional Vasco, impulsado desde la Juventud Vasca de Barakaldo, suponía un proyecto de nacionalismo moderno, abierto a las reivindicaciones populares y a la democracia, que atentaba directamente contra la síntesis sabiniana, cuyos acentos discutían los dos sectores enfrentados. La aparición de esta alternativa estaba relacionada con la madurez alcanzada por la comunidad nacionalista barakaldesa y las mutaciones que se habían venido produciendo en su seno desde el inicio del ciclo expansivo en 1917.

El movimiento nacionalista se había convertido ya en un verdadero frente interclasista vertebrado por criterios ideológicos y desprovisto de los vínculos sociales que había mantenido con anterioridad. Esta diversificación social implicaba la aparición de profesionales liberales y personas de fortuna por primera vez entre los dirigentes nacionalistas, pero, sobre todo, la irrupción de los trabajadores. Hacia 1920 los trabajadores se habían convertido en hegemónicos en las juntas de las sociedades nacionalistas. Además, tanto ellos como los abogados y acomodados empleados con los que compartían la dirección del movimiento eran notablemente jóvenes y marcaban una renovación no sólo

3. EL PARTIDO NACIONAL VASCO DE 1922

social, sino también generacional, con respecto a los dirigentes del periodo anterior.

Los nuevos nacionalistas movilizados en el ciclo ofensivo de 1917-20 no tenían por qué compartir los compromisos sociales de los primeros nacionalistas, ni sus vínculos con las fuerzas vivas o notables locales, ni mucho menos su orden de prioridades ideológicas. Para estos sectores los componentes anticaciquil y antioligárquico del discurso nacionalista jugaban un papel que no habían tenido para las generaciones anteriores, máxime cuando el pacto de la izquierda con los dinásticos y el Estado dejaba huérfanas esas reivindicaciones. La propia coyuntura del nacionalismo local favorecía este desarrollo. El sufragio daba la mayoría a los nacionalistas y eran los manejos de los *caciques*, el Estado y la izquierda la razón de su marginación del poder. En el mismo sentido, eran ahora los nacionalistas las víctimas del autoritarismo del Estado y de sus prácticas represivas. Se abría así la posibilidad de que parte de los nuevos nacionalistas se fuera alejando del antiliberalismo originario y cifrara sus expectativas de actuación en un desarrollo del proceso de democratización. Igualmente, la moderación en materia social de los sindicatos socialistas permitía a los nacionalistas competir con la izquierda desde el obrerismo, acusando a los líderes sindicales de haber pactado con los patronos y de abandonar la defensa de los intereses de los trabajadores. De hecho, fue en estos años cuando los sindicatos nacionalistas se desarrollaron en Barakaldo.

Ninguno de los dos partidos nacionalistas, enzarzados en la exégesis de la herencia sabiniana, se hacía eco de estos desarrollos derivados de la específica coyuntura y naturaleza del movimiento barakaldés. De ahí, que desde la Juventud Vasca se lanzase una nueva propuesta en forma de manifiesto para la creación de un tercer partido nacionalista, el Partido Nacional Vasco.

El manifiesto programático del nuevo partido no se ha conservado, por lo que su ideario sólo es conocido indirectamente a través de las reseñas publicadas de las conferencias que se celebraron en la Juventud Vasca para debatirlo desde noviembre de 1922 a febrero de 1923, con una asistencia media de cien personas. Aparte de lo publicado en la prensa, se conserva un borrador de la intervención del aberriano Telesforo Uribe-Echevarría

El Partido Nacional daba cuenta de la madurez y complejidad de la comunidad nacionalista barakaldesa. Esta comunidad se había definido en la práctica a través de los enfrentamientos de las dos décadas anteriores, jalonados de batallas políticas y callejeras con heridos y muertos, y había tomado conciencia de su existencia. Una vez definida *de facto*, nada le impedía teóricamente dotar a la futura nación del sistema político o la organización social que decidiera. Para los disidentes barakaldeses, la premisa básica de partida para la reconstrucción del nacionalismo era simple y llanamente la reivindicación nacionalista. Esto implicaba desvincular la comunidad nacionalista de los contenidos integristas y antiliberales a los que había estado anclada

(29) ELORZA, A., *Ideologías del nacionalismo vasco*; San Sebastián, Haramburu, 1978, pp. 376 y 378.

(30) "Movimiento nacionalista", *Aberrri*, 31-XII-1921.

(31) [Comunicación del Alonsótegui Uri-Buru Batzarra al presidente del BBB (PNV)], 6-1-1922, P.S. Bilbao, 186-11, AHN. - Sección Guerra Civil.

desde sus orígenes, aunque este desarrollo supusiera abandonar la mayor parte de la herencia sabiniana. En este sentido, en una carta dirigida al diario *Euzkadi*, la Juventud Vasca de Barakaldo afirmaba que la idea de Sabino de que Euskadi era la única Patria de los vascos constituía “lo UNICO que admitimos como básico y dogmático en el Nacionalismo Vasco” (32). Limitada de esta manera la herencia sabiniana, el resto de las cuestiones quedaba, pues, expuesto al debate y la discusión.

El Partido Nacional era consecuente con esta premisa nacionalista de partido y realizaba una explícita declaración independentista (33), reclamando la “independencia absoluta y terminante de nuestra patria”, según Uribe-Echevarría (34). Se alejaba, por tanto, de las ambiguas formulaciones que habían permitido la convivencia de diferentes tendencias en el seno del nacionalismo vasco, y que todavía defendía la Comunión, y se acercaba a los planteamientos del PNV aberriano. Sin embargo, los puntos de contacto acababan aquí, puesto que el Partido Nacional se alejaba notablemente de las recetas sabinianas, y por tanto aberrianas, acerca de la organización del futuro Estado vasco. El nuevo partido defendía una república vasca unitaria con “unas mismas Cortes legislativas y un mismo poder ejecutivo para todos los vascos y teniendo las regiones y municipios facultades solamente administrativas”, según la formulación del ponente del programa Nicolás de Aldai (35). Con tal declaración casi jacobina, los disidentes barakaldeses superaban el esencialismo y el idealismo característico del nacionalismo vasco. La independencia de la nación vasca no podía ser un mero retorno a la situación anterior a la abolición foral; sino que debía articularse en torno a un sistema político homologable a la contemporaneidad, desde el cual cimentarla y reforzarla. Así, el tema de la centralización vasca se ligaba al tema de la unificación del euskera: debía crearse un euskera unificado por encima del conglomerado de dialectos locales y regionales. En definitiva, el Partido Nacional abandonaba la concepción mítica de una nación vasca preexistente para incidir en la necesidad de la moderna construcción de la nación en consonancia con la práctica de los movimientos nacionalistas coetáneos.

En este punto trascendental los disidentes barakaldeses se acercaban más a la teoría y la práctica de la Comunión que al PNV. El ex-presidente de la Diputación, Ramón de la Sota Aburto, expresaba el acuerdo de la Comunión con estos planteamientos, señalando “la necesidad de la unidad nacional de que el Estado sea uno y único”, y atribuía a los particularismos tradicionales el fracaso de la nación vasca en la

(32) “Un reto de ‘Aberri’”, *Euzkadi*, 27-XII-1922.

(33) “En Juventud Vasca de Barakaldo. Conferencia del señor Aldai”, *Euzkadi*, 17-XII-1922.

(34) [Borrador de la conferencia desarrollada por Telesforo Uribe-Echevarría ante la Juventud Vasca de Baracaldo], (s.f.) P.S. Bilbao, 115-3, AHN - Sección Guerra Civil.

(35) “En Juventud Vasca de Barakaldo. Conferencia del señor Aldai”, *Euzkadi*, 17-XII-1922

historia (36). Igualmente, Julián de Arrién establecía que la multiplicidad de gobiernos iría en contra de la unidad nacional y remitiría más a un regionalismo españolista administrativo “que le repugna” que a la reivindicación nacionalista (37). El PNV, por el contrario, en tanto que retorno a la ortodoxia integrista, defendía el pensamiento del Maestro y proponía una confederación de estados vascos absolutamente autónomos, con dialecto propio y personalidad soberana, teóricamente facultados para separarse de la confederación, y supuestamente organizados a la manera tradicional. Así, el conferenciante aberriano, Luis González de Etxebarri, centraba en esta cuestión el principal desacuerdo, señalando que “esa futura constitución que se propone es lo más antidemocrático y centralista y lo más contrario al espíritu que informó la antigua y libérrima legislación del Pueblo Vasco” (38).

La diferencia de planteamientos era substancial, puesto que no se trataba simplemente de una oposición entre centralismo y federalismo, sino de dos concepciones del movimiento nacional absolutamente distintas: la que defendía la necesidad de construir la nación, adecuarla a la contemporaneidad y cimentarla desde el Estado y la que, haciendo caso omiso de las nuevas realidades sociales, pensaba que la nación vasca había existido con anterioridad a la privación de sus derechos por los liberales españoles y, en consecuencia, sólo necesitaba para su libre funcionamiento el abandono de sus ocupantes. La declaración del aberriano Uribe-Echevarría sobre el idioma muestra que de estas concepciones se derivaban estrategias políticas muy diferenciadas: “En lugar de preocuparnos hondamente en la unificación de los dialectos actuales creo que sería más práctico que invirtiésemos todas nuestras energías en desterrar el erdera de nuestra patria” (39). A la luz de esta substancial diferencia de estrategia, estaba claro que la disidencia barakaldesa no se basaba, como pretendían los aberrianos, en una cuestión de grado o matiz. Era la oposición entre el tradicionalismo de referencia comunitaria que proponía el PNV y el moderno nacionalismo de los barakaldeses.

Pero las novedades aportadas por la síntesis barakaldesa no se agotaban en el tema de la centralización. Mucho más rupturistas y polémicas resultaban sus propuestas en materia religiosa. El Partido Nacional proponía una estricta separación de la Iglesia y el Estado, relegaba la cuestión religiosa al ámbito privado y suprimía el *Jaungoikua* de su lema.

(36) “En Juventud Vasca de Barakaldo. Conferencia de Don Ramón de la Sota Aburto”, *Euzkadi*, 16-I-1923.

(37) “La Juventud Vasca de Barakaldo. Brillante conferencia del señor Arrién”, *Euzkadi*, 10-XII-1922.

(38) “Conferencia de D. Luis G. de Etxebarri”, *Aberri*, 17-II-1923.

(39) [Borrador de la conferencia desarrollada por Telesforo Uribe-Echevarría ante la Juventud Vasca de Baracaldo], (s.f.) P.S. Bilbao, 115-3, AHN - Sección Guerra Civil.

Consciente del catolicismo de los nacionalistas, incluidos los disidentes de Barakaldo, el aberriano Luis G. de Etxebarri prefería relativizar el tema reduciéndolo a “un simple matiz de tolerancia, que el Partido Nacional quiere proclamar en su Manifiesto y que el Partido Nacionalista, sin aludir a ella en el suyo, la practica todos los días” (40). De hecho, la formulación de Nicolás de Aldai muestra que el nuevo partido era bastante comedido en la expresión de este principio de tolerancia religiosa:

“Pero a pesar de ser el Pueblo Vasco tradicionalmente católico, existen y existirán en el mañana discrepancias religiosas entre sus hijos, y a éstos no podemos ni debemos cerrarles las puertas de nuestros Batzokis y Sociedades si aman a Euzkadi y desean su libertad *No pedimos libertad completa para estos hermanos nuestros*, que han perdido la fe de Cristo para que sus ideas expongan en nuestros Baztokis, sino solamente tolerancia para que, juntamente con nosotros laboren en pro de la patria” (41)

La Comunión, sin embargo, se opuso radicalmente a aceptar esta subordinación del tema religioso a la cuestión nacional. Así, Elexondo se declaraba partidario de la separación *económica* entre Iglesia y Estado, pero se mostraba contrario a la supresión de la primera parte del lema sabiniano, ya que “el espíritu religioso se halla tan arraigado en el alma de nuestra raza, que serán inútiles todos los esfuerzos que se hagan para desvincularlo” (42). Mucho más contundente era Ramón de la Sota:

“No hay problema religioso en el País Vasco porque la inmensa mayoría de vascos son católicos. Habrá, sin duda, una minoría - de número y de calidad - que no tenga sentimiento religioso de ningún género, *bien por holgazanería o por incultura*. Estos son precisamente los que constituyen la intolerancia ignorante. Y frente a esa intolerancia es cuando *no cabe el bálsamo misericordioso de nuestra tolerancia* que es virtud demasiado preciosa para la cerrilidad”. (43)

Por tanto, para la Comunión la religión debía continuar siendo un elemento constitutivo de la nación vasca, en la que no habría lugar para los laicos. A pesar de su posibilismo y de su apertura en otras cuestiones, era radical en la defensa del integrismo sabiniano. En este sentido, frente a la interpretación de la herencia sabiniana propuesta

(40) “Conferencia de D. Luis G. de Etxebarri”, *Aberri*, 17-II-1923.

(41) “En Juventud Vasca de Barakaldo. Conferencia del señor Aldai”, *Euzkadi*, 17-XII-1922 (La cursiva es mía)

(42) “En Juventud Vasca de Barakaldo. La conferencia del señor Elexondo”, *Euzkadi*, 6-I-1923.

(43) “En Juventud Vasca de Barakaldo. Conferencia de Don Ramón de la Sota Aburto”, *Euzkadi*, 16-I-1923. (La cursiva es mía)

por la Juventud Vasca, *Euzkadi* se había apresurado a afirmar la substancialidad e indisolubilidad de religión y nacionalismo vasco:

“No creemos que lo UNICO básico en el Nacionalismo Vasco sea la afirmación patria. A esa afirmación política unimos la afirmación religiosa, estimando, por tanto, que lo básico del Nacionalismo por nosotros defendido es, conforme a las enseñanzas sabinianas, la afirmación de la unidad patria y la afirmación religiosa” (44).

Las propuestas del Partido Nacional eran también novedosas en el tema social. Seguramente, nunca se plantearon los impulsores del nuevo partido subordinar la cuestión nacional a la social, ni mucho menos formar un frente único con los trabajadores socialistas con los que se batían en las calles. Sin embargo, no era éste el tema fundamental. La cuestión era que, aun sin abandonar la lógica subordinación del tema social al nacional (de lo contrario no serían nacionalistas), no había razones para seguir realizando profesiones de fe ante los dogmas armonicistas del nacionalismo para aquéllos que no eran ni nostálgicos tradicionalistas ni modernos conservadores. Puesto que los trabajadores constituían el grueso de la comunidad nacionalista (como mínimo así era en Barakaldo), el nacionalismo debía formular un programa claro y vinculante con su realidad, tal y como venían defendiendo líderes del sindicalismo nacionalista como el barakaldés Antonio Villanueva (45).

La diferencia entre el Partido Nacional y los dos partidos nacionalistas no estribaría tanto en las implicaciones concretas del programa social como en esta explícita intención de establecer un compromiso entre el movimiento nacionalista y la realidad social de la comunidad nacionalista en una localidad industrial como Barakaldo. Frente a esta voluntad, la dificultad de los conferenciantes de las dos ramas nacionalistas para abordar el tema social resultaban proverbiales. Ramón de la Sota recordaba el proyecto de la Diputación para facilitar el acceso de los campesinos a la propiedad de los caseríos y, tras una larga disertación sobre el socialismo, parecía cifrar las mejoras obreras en la educación y el cooperativismo. Uribe-Echevarría esquivaba el tema señalando que “a pesar de que el Nacionalismo Vasco no haya definido aun oficialmente su actitud en la esfera social, es tan poco lo que vosotros demandáis, que no puede haber ningún patriota que se oponga a vuestras pretensiones”. Pero es sin duda la argumentación del comunista Elexondo la que mejor sintetiza la nebulosa armonicista que caracterizaba el discurso nacionalista sobre esta cuestión y su incapacidad para dar respuesta al desafío obrerista del Partido Nacional:

(44) “Un reto de ‘Aberri’”, *Euzkadi*, 27-XII-1922.

(45) PABLO, S. de, MEES, L. y RODRIGUEZ, J.A. *El péndulo...*, p.131 y ELORZA, A. *Ideologías...*, p.383.

“...esta cuestión podrá ser resuelta en el País, de forma armónica y cordial, entre patronos y obreros, el día en que el ideal nacionalista triunfe. Nadie más capacitado que la organización nacionalista para encontrar una fórmula de concordia a este problema, ya que nuestro ideal, al estrechar los lazos de fraternidad entre los vascos de todas las clases sociales, uniéndolos con los vínculos de un efusivo cariño de hermanos, facilita la compenetración, acorta las distancias, despierta la mutua simpatía haciendo posible una cordial y fraternal convivencia de la inteligencia, el capital y el trabajo, mediante la distribución, en justa y equitativa proporción, de los beneficios debidos a los tres factores que integran la producción de la riqueza” (46)

A la luz de lo expuesto con anterioridad, puede afirmarse que la disidencia del Partido Nacional no suponía una específica combinación de los acentos en el debate que mantenían los dos partidos nacionalistas, sino que atentaba directamente contra la síntesis sabiniana y los contenidos substantivos que el Maestro había asociado a la nación vasca. En este sentido, resulta especialmente relevante el preámbulo de la conferencia de González de Etxebarri:

“El espíritu del nuevo Partido es sano en cuanto pretende crear un vínculo más amplio de unión entre todos los vascos, en cuanto defiende una mayor tolerancia para las ideas y opiniones del adversario, en cuanto busca soluciones más progresivas a los problemas políticos y sociales. Pero ese espíritu es nocivo en cuanto significa *una acogida indudablemente suicida al elemento extraño*, en cuanto puede caer, no ya en la tolerancia para las ideas ajenas, sino en la transigencia de las propias, en la claudicación más o menos consciente de las propias convicciones, en cuanto esa busca de soluciones progresivas puede hacernos perder la genuina idiosincrasia” (47)

Sin embargo, a pesar de su novedad y radicalidad, las propuestas del Partido Nacional le acercaban en la práctica más a la Comunión que al refugio fundamentalista en la ortodoxia sabiniana que defendía el PNV aberriano. Más allá del aura de radicalidad inconformista que le envolvía, el partido aberriano tenía poco que ofrecer a los disidentes barakaldeses, mientras que con la Comunión coincidían en la necesidad de una estrategia de construcción nacional. Así, en marzo de 1923, la Juventud Vasca se adhería, en contra del resto del nacionalismo local, a la manifestación convocada por la Comunión para el primero de abril, que *Aberrri* calificaba de “gran farsa” (48), en la que estos puntos de coincidencia eran evidentes: definición de los vascos

(46) “En Juventud Vasca de Barakaldo. La conferencia del señor Elexondo”, *Euzkadi*, 6-I-1923.

(47) “Conferencia de D. Luís G. de Etxebarri”, *Aberrri*, 17-II-1923. (La cursiva es mía)

(48) “¡Barakaldotarras!”, *Aberrri*, 10-III-1923.

4. LA APUESTA DEMOCRÁTICA DE 1936

como una nación única, idioma unitario-literario para el euskera, restauración de la “independencia nacional que Euzkadi disfrutó durante siglos” y creación de un estado unificado vasco y de un gobierno para todo el País Vasco (49). Posteriormente, según anunciaba *Euzkadi*, la Juventud Vasca de Barakaldo apoyó al candidato comunionista a Cortes, Mariano de la Torre (50), aunque con ello no se distanciaba en exceso de la base del nacionalismo barakaldés, pues de la Torre obtuvo una votación similar a la de los candidatos nacionalistas anteriores a la escisión.

El golpe de Estado de Primo de Rivera impide evaluar si el sector que impulsó el Partido Nacional contaba con una base suficiente para mantener su existencia y constituir un punto de referencia para otros nacionalistas heterodoxos (51) o si iba a ser finalmente absorbido por alguno de los dos partidos en pugna. En todo caso, su contribución al desarrollo del nacionalismo vasco constituye un hito en la evolución del movimiento: había roto la estrecha vinculación al integristismo que le encorsetaba y había formulado una irreverente propuesta de futuro. El testigo sería tomado por ANV durante la República.

La experiencia republicana da cuenta por tercera vez de la especificidad barakaldesa. Los primeros años republicanos fueron de desconcierto y el nacionalismo se replegó sobre su reconstrucción y reafirmación como movimiento de masas. Pero a partir de 1933, cuando la dirección del PNV marcó un objetivo claro (la consecución del Estatuto), los nacionalistas barakaldeses desplegaron sus considerables energías y, de nuevo, como en 1917 y en 1922, desarrollaron en función de su específica coyuntura las premisas de la nueva estrategia para sobrepasar, por tercera vez, a la dirección ofreciendo una audaz solución propia.

Tras la caída del dictador, se reconstituyeron en diciembre de 1930 la Juventud Vasca y los *batzokis* de Alonsótegui y Burceña (52). La primera retomó sus planteamientos de 1922, se integró en el nuevo partido ANV y se alió con socialistas y republicanos en el *bloque anti-monárquico* con ocasión de las elecciones municipales. Por su parte, los nacionalistas de Burceña y Alonsótegui permanecieron fieles al reunificado PNV, se negaron a participar en el *bloque antimonárquico* y optaron por presentar candidaturas en solitario. Entre ambas opciones, el grueso de la comunidad nacionalista barakaldesa permanecía

(49) MEES, L. *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*; Bilbao, Fundación Sabino Arana, 1992, p. 325.

(50) “Distrito de Barakaldo”, *Euzkadi*, 27-IV-1923.

(51) Para un análisis de los nacionalistas heterodoxos, véase GRANJA, J.L. de la “El nacionalismo vasco heterodoxo en el siglo XX”, *Cuadernos de Alzate*, 19, 1998.

(52) [Informes de la Guardia Municipal], 7-XII-1930 (J.V.), 8-XII-1930 (B. Alon.) y 28-XII-1930 (B. Burceña), 548, AMB.

paralizada. Ante la incierta coyuntura política y el desafío planteado por la Juventud Vasca, los nacionalistas del casco urbano prefirieron poner en un segundo plano la reivindicación nacional y plegarse sobre la defensa de los contenidos sustantivos de su ideario, uniéndose a carlistas, católicos y dinásticos en la denominada *candidatura católica*. En ella se integraban aquéllos que años atrás habían defendido la alianza con la derecha de Altos Hornos, pero también figuras claves que más tarde ocuparían lugares destacados en la dirección del movimiento nacionalista local o el mismo Pedro de Basaldua que sería secretario del lehendakari Aguirre. Para estos sectores, la afirmación nacionalista no sólo no era una prioridad, sino, además, un peligroso elemento de división de los elementos católicos y de orden ante la amenaza de la izquierda. De ahí, que ni la sociedad Euskalduna ni el *batzoki* de Retuerto se reconstituyeran hasta bien entrado el periodo republicano y que los nacionalistas de Burceña se vieran obligados a defender la solvencia de sus candidaturas frente a la desautorización que implicaba la opción de los notables nacionalistas del centro.

Serían necesarios estudios locales para establecer la actitud del nacionalismo en las elecciones que dieron lugar a la República y la representatividad de sus candidatos allí donde los presentó. En todo caso, en Barakaldo una parte significativa del nacionalismo se retrotraía a la coalición de fuerzas vivas de principios de siglo ante la amenaza que suponía el nuevo régimen republicano. En realidad, esta actitud no contradecía en exceso la estrategia del propio PNV, que poco después formó un frente antirepublicano con carlistas y dinásticos. A pesar de su lógica si se atiende al integrismo y al antiliberalismo que seguía impregnando la ideología nacionalista, esta estrategia planteaba serias dificultades a la reconstrucción de una comunidad nacionalista tan compleja y madura como la barakaldesa. Mientras esta estrategia se mantuvo, no sólo el proceso de reconstitución institucional, y por tanto de la propia comunidad nacionalista, siguió bloqueado, sino que se produjo además una hemorragia en favor del proyecto de ANV, como muestran las expulsiones y bajas de los primeros meses de 1931 paralelas a la fundación de *eusko-etxeas* del nuevo partido en los barrios (53) y el hecho de que la mayor parte del voto aeneuvista en las constituyentes de junio procediera de las candidaturas del PNV en las municipales.

No fue hasta que la dirección del partido nacionalista rectificó esta primera estrategia de beligerancia antirepublicana y retornó a su tradicional posibilismo que la comunidad nacionalista ortodoxa recobró sus energías en Barakaldo. A partir de 1932 se inició un proceso de crecimiento y expansión que convirtió al nacionalismo ortodoxo en un impresionante movimiento de masas que movilizaba a más de un

(53) "Relación de bajas de afiliados a ese término municipal", 24-I-1933, Caja 191, Exp.2, AHN - Sección Guerra Civil.

millar de socios de *batzokis* y unas doscientas emakumes a principios de 1933 (54). Y no era sólo una cuestión de número, sino también de arraigo social. Frente a la hegemonía de las clases medias y altas en las directivas de otras opciones de la derecha como el carlismo, el catolicismo o Acción Popular, los dirigentes del nacionalismo presentaban un perfil social amplio y diversificado, con una presencia mayoritaria de los grupos populares. Este carácter interclasista del nacionalismo resulta también constatable en el análisis de sus bases electorales a partir de 1933. Mientras el voto a la derecha estaba vinculado a las clases medias y altas, y contrariamente el de la izquierda a las clases bajas, el voto nacionalista resultaba independiente de la configuración social de los distritos y secciones (55).

El potencial de este amplio frente interclasista se desplegó cuando la dirección nacionalista marcó una estrategia dirigida por la consecución del Estatuto (56). El nacionalismo barakaldés se movilizó contra las derechas en el gobierno, apoyó a sus presos, respondió a la destitución de sus concejales a causa del conflicto del vino con un renovado impulso en el proceso de construcción de la comunidad nacionalista (consultorio para solidarios en paro, ikastola) y siguió a la dirección nacionalista en su ruptura con el resto de las derechas.

Tras las elecciones de 1936 y la reintegración de los concejales nacionalistas al consistorio, pronto se iba a hacer evidente que los nacionalistas barakaldeses iban más allá de la *entente cordial* con la izquierda que practicaba la dirección *jeldike*. Los concejales del PNV, algunos de ellos elegidos en 1931 por la *candidatura católica*, pactaron con socialistas y nacionalistas de ANV una solución al bloqueo institucional que vivía el ayuntamiento. Siguió a los socialistas en su retirada por incompatibilidad con los concejales que habían permanecido en sus puestos durante el conflicto del vino (católicos y republicanos radicales) y llegaron a un acuerdo para recomponer el poder local a partir de la legitimidad derivada de la oposición a las derechas gobernantes en el *bienio negro*. Así, con los votos de PSOE, ANV y PNV se destituyó al alcalde republicano y se formó un nuevo gobierno municipal de mayoría socialista en el que los aeneuvistas se hacían con la segunda tenencia de alcaldía y una sindicatura y los nacionalistas del PNV con la tercera (57).

(54) [Estadillo municipal para el Ministerio de la Gobernación], 5-I-1933, B.7.4 C-3, AMB.

(55) Para un avance publicado del análisis de las bases sociales y electorales de la derecha barakaldesa, véase CANALES, A.F. "Bases sociales y electorales de la derecha durante la República en Baracaldo (Vizcaya)"; en SANCHEZ MANTERO; Rafael (Ed) *En torno al 98. España en el tránsito del siglo XIX al XX. Tomo II*; Huelva, Universidad de Huelva, 2000, pp. 421-431.

(56) Para esta evolución, véase GRANJA, J.L. de la "El PNV, del integrismo hacia la democracia cristiana", en GRANJA, J.L. de la *El nacionalismo vasco: un siglo de historia*, Madrid, Tecnos, 1995.

(57) [Decreto], 10-III-1936, A5.1. 2-10, AMB.

Las bases de este nuevo consenso aparecían en la moción conjunta que socialistas y nacionalistas (de ambas tendencias) presentaron en la siguiente sesión. La moción contenía una serie de declaraciones generales de carácter vasquista como la defensa del Concierto Económico, la autonomía municipal o, incluso, “el anhelo de derogación de la ley de 1839, destructora de la libertad originaria de nuestro pueblo”. Pero, además, incluía un programa de normalización institucional con el que se pretendía dar solución al problema vasco: elecciones municipales, elecciones para las diputaciones (“fin del vergonzante periodo de gestoras”) y aprobación inmediata en las Cortes del Estatuto vasco plebiscitado en 1933 (58). Se trataba, en definitiva, de un programa coherente de actuaciones para acabar con el bloqueo institucional vasco y consolidar un marco político democrático.

El alcance de la apuesta nacionalista quedó claro cuando el gobierno Azaña convocó elecciones municipales con un nuevo sistema que incluía la ante-votación del alcalde. El carácter mayoritario de la nueva fórmula, que impelía a los partidos a coaligarse para no perder la alcaldía o quedar fuera del ayuntamiento, hizo que el nacionalismo vasco hubiera de enfrentarse de nuevo al espinoso tema de las alianzas electorales. En muchas localidades, los nacionalistas buscaron el apoyo de la derecha para sus candidatos, como en Bilbao; en otras ciudades, como San Sebastián, monárquicos y nacionalistas apoyaron a un católico; mientras en Vitoria algunos *jeldikes* defendieron la unión católica (59). En Barakaldo la opción nacionalista fue bastante más audaz y subrayaba su apuesta por un modelo político basado en la legitimidad heredada de la oposición a los gobiernos del *bienio negro*. Nacionalistas e izquierda se batirían electoralmente, mientras la derecha y los católicos neutros habrían de plegarse previsiblemente a votar a los primeros. El punto débil de esta estrategia eran los nacionalistas de ANV. Si los nutridos efectivos aeneuvistas de la localidad se aliaban con la izquierda, al PNV no le quedaría más remedio que buscar el apoyo de la derecha monárquica y los católicos. La prueba de la importancia que los *jeldikes* barakaldeses daban a la creación de un único frente nacionalista fue la generosa oferta que realizaron a ANV: la alcaldía para el aeneuvista Miguel de Abasolo y el 50% del resto de la candidatura (60). Ante la propuesta, la Juventud Vasca dio de nuevo muestras de independencia de criterio con respecto a las estructuras partidistas en que se encuadraba. Puesto que ANV había firmado su integración el Frente Popular, la aceptación de la oferta supuso su expulsión y la de otros dirigentes, entre ellos la minoría municipal, del partido. De esta escisión nació una nueva formación, la segunda a la

(58) ANV-PSOE-PNV “Moción”, 12-III-1936, 643-49, AMB.

(59) PABLO, S. de; MEES, L. y RODRIGUEZ, J.A. *El péndulo...*, pp. 280-281

(60) GRANJA, J.L. de la *Nacionalismo y II República en el País Vasco*; Madrid, CIS, 1986, p. 573

que daba lugar la discola Juventud Vasca de Barakaldo, llamada Acción Vasca Autónoma (61).

El proceso electoral fue suspendido a principios de abril (62), pero llegó a celebrarse la ante-votación para alcalde en la que el candidato socialista venció al nacionalista Miguel de Abasolo (58% a 41%). Sin embargo, no era el resultado el criterio para medir el éxito de la estrategia nacionalista, sino la procedencia de los votos. Una comparación con las elecciones a Cortes de febrero revela que la candidatura nacionalista había arañado votos a las izquierdas y además, y esto era lo importante, se había hecho con el grueso de la base electoral de la derecha no nacionalista. El nacionalismo barakaldés había conseguido el voto de carlistas, católicos y dinásticos, y no por medio del pacto o con un candidato católico, sino forzándoles a votar a un ex-integrante del bloque antidinástico que había abierto la puerta del consistorio a los huelguistas de octubre de 1934.

Con la audaz estrategia seguida en estas elecciones, el nacionalismo barakaldés apostaba por un marco político democrático y ofrecía una guía para su consolidación en el resto del País Vasco: la competencia electoral entre dos grandes bloques vertebrados por nacionalistas y socialistas. De alguna manera, era un retorno a la propuesta implícita en el fracasado pacto con la izquierda de 1918. En esta ocasión, sin embargo, el contexto vizcaíno no le era tan adverso. Muchas cosas habían cambiado desde aquel primer esbozo, entre ellas el propio nacionalismo barakaldés. La propuesta se formulaba tras una larga y compleja evolución en la que la prioridad conferida a la reivindicación nacional había acabado por arrinconar los principios integristas y anti-liberales originarios. Esto permitió, a diferencia de 1918, realizar las concesiones necesarias a las izquierdas para que el proyecto fuera viable. Unas concesiones que otras fuerzas políticas y sociales españolas, incluidas las que partían de la tradición liberal, no fueron capaces de hacer. En su lugar, optaron por la guerra civil.

(61) GRANJA, J.L. de la *Nacionalismo y...*, pp. 573-574 y [Escrito del C.M. de A.N.V. al Alcalde], 18-V-1936, A.5.1. 2-10, AMB.

(62) [Circular del Gobierno Civil de Vizcaya], 4-IV-1936, 643-11, AMB.

ESTUDIOS ALA VESES

Ana DE BEGOÑA Y AZCÁRRAGA y Felicitas MARTÍNEZ DE SALINAS OCIO. Proyecto de construcción del nuevo Seminario Diocesano de la Diócesis Vascongada en Vitoria (Pág. 159)

Txomin ANSOLA CONZÁLEZ. Génesis y primeras repercusiones de la crisis del espectáculo cinematográfico en Álava (1968-1978) (Pág. 167)

Maidor KORO MARAÑA SAAVEDRA. Europa, ideia modura, Francisco Xabier de Landabururen kazetari idazlanetan (Pág. 187)

Proyecto de construcción del nuevo Seminario Diocesano de la Diócesis Vascongada en Vitoria

ANA DE BEGOÑA Y AZCÁRRAGA*
FELICITAS MARTÍNEZ DE SALINAS OCIO*

Entre la colocación de la primera piedra del Seminario de Vitoria (28 de Abril de 1926) y su inauguración (28 de Septiembre de 1930) queda un tiempo de cuatro años que nos permite celebrar su 75 Aniversario con toda holgura.

Por ello, nosotras hemos querido dedicar este texto a esa celebración. A su edificio y a su arquitecto que durante mucho tiempo marcaron el desarrollo constructivo de la ciudad en el marco de los modelos y usos de la época.

En la ciudad, la Catedral Nueva. Fuera de la ciudad, el Seminario. Los dos edificios se adentran en el siglo XX sustrayendo referencias del pasado en lo que a arquitectura religiosa se refiere y preparando, por reacción un futuro desprendido de recurrencias historicistas.

Cuando se habla de corrientes arquitectónicas en un periodo de tiempo tan estrechamente delimitado como es el primer tercio del siglo XX, se hacen necesarias ciertas consideraciones. Así, el hecho de que las mencionadas corrientes no evidencian las mismas constantes en los principales centros de producción (Madrid, Barcelona...) que en los más modestos de la periferia. La arquitectura alavesa, y en concreto la vitoriana, es pues una arquitectura periférica que participa de las influencias procedentes de los grandes centros a los que añade sus propios conceptos idiosincrásicos que tienen mucho que ver con un modo de construcción localista y tradicional. Por otro lado el primer tercio del siglo XX en lo que concierne a Álava y Vitoria conserva y mantiene los usos constructivos que nos vienen dados en la segunda mitad del siglo XIX.

Una vez conocidas las principales corrientes arquitectónicas que se producen en el mundo occidental desde la segunda mitad del siglo XIX hasta, podríamos decir, la Segunda Guerra Mundial. España participa de esas corrientes, el País Vasco, también. Pintoresquismos románticos, historicismos, eclecticismos... presentan un rico muestrario en nuestra tierra. El puente sobre el siglo XX, a veces con un cierto alejamiento temporal, nos trae el Modernismo. Insertos en el movi-

* Universidad del País Vasco